



Todo suena  
Lorenzo Silva



Clínica  
Universidad  
de Navarra

La reproducción total o parcial de este libro no autorizada por los editores viola derechos reservados y está totalmente prohibida. Cualquier utilización debe ser previamente autorizada.

© 2012 Lorenzo Silva

© Para esta edición:

Clínica Universidad de Navarra.  
Avenida Pío XII, 36  
31008 Pamplona, Navarra, España.  
[www.cun.es](http://www.cun.es)

Ilustración de cubierta: Alberto Aragón.

Dep. Legal: NA 2089/2012

EDICIÓN NO VENAL



© Arduino Vanuchhi

## El autor

Lorenzo Silva (Madrid, 1966) estudió Derecho y trabajó como abogado en una gran empresa del sector energético hasta 2002. Desde entonces se dedica de lleno a la escritura. Ha ganado, entre otros, los premios Ojo Crítico 1998 (El lejano país de los estanques); Nadal 2000 (El alquimista impaciente); Primavera 2004 (Carta blanca); Algaba de ensayo 2010 (Serenos en el peligro); y Planeta 2012 (La marca del meridiano). En la actualidad, vive a caballo entre Getafe y Viladecans y se ha convertido así en madrileño intermitente y *foraster* en tierras catalanas, con lo que va camino de cumplir su sueño de ser un poco extranjero en todas partes.

LORENZO SILVA

# Todo suena



Clínica Universidad de Navarra

# Índice

1. Dos abuelas	6
2. Avanzando filas	14
3. Madre a pesar de todo	22
4. Desde el silencio	30
5. Todos sois Gracita Morales	39
6. Hazte lo que eres	47
Historia clínica	55
Sobre la colección	57
Colección Historias de la Clínica	58

## Dos abuelas

**E**L SILENCIO comienza a veces con uno. Entonces las cosas están claras, aunque tengas que esperar a que llegue la conciencia, es o que antes llamaban uso de razón, para entenderlo: hay algo en el mundo que los demás perciben y tú no, tienes frente al resto una desventaja que te toca suplir con otras habilidades; una vista que puede descifrar lo que para otros son gestos o movimientos sin interés, una sensibilidad a las vibraciones que los demás, desde el confort de su audición, ignoran del todo.

Pero otras veces no hay un momento claro en que pueda situarse el origen del silencio. Se cierne sobre ti y te va envolviendo poco a poco, disminuyendo tus posibilidades, sumergiéndote de forma paulatina en una burbuja de la que cada vez resulta más difícil salir, hasta que estás dentro y de repente te has convertido en

otra persona, no necesariamente la que eras al principio, aunque tampoco del todo distinta (porque el silencio ya estaba ahí, latiendo imperceptible dentro de ti). Una persona que no acaba de ser la que se corresponde con tu naturaleza, porque ésta no es, como no lo es la de ningún humano, la de un recluso en una celda a la que los demás no pueden acceder.

De su niñez, Anuca no recuerda señales evidentes del silencio que había de acabar engulléndola. No se ve, en retrospectiva, como una niña sustancialmente diferente de las demás, ni menos capacitada para hacer lo que las demás hacían. Desde siempre fue algo introvertida, prudente, observadora y tuvo propensión a vivir en su mundo, pero eso no es algo que deba alarmar ni llevar a considerar anómalo o con problemas a quien presenta tal rasgo de carácter. De hecho muchas de las personas a las que debemos que la vida sea una experiencia menos atroz y amarga de lo que lo era para nuestros ancestros, aquellos nómadas y cazadores que se cubrían con pieles, tuvieron

desde niños esa propensión a la abstracción y el ensimismamiento, de donde habían de salir, en fin, las invenciones con las que nos proporcionaron el regalo de una existencia civilizada.

Que a ella misma no le afectaran no quiere decir que no dejara de tener señales. En su caso, vinieron a través de sus dos abuelas: las dos, premonitoriamente, murieron sordas. Luego averiguaría que por diferentes motivos, y que el que a ella le concernía era el que afectaba a su abuela paterna, la primera en quedar a merced del silencio. A esa rama de la familia, donde había más personas con pérdida severa de audición, debía los genes que a ella misma, más pronto que tarde, empezarían a apagarle los ruidos del mundo. De la sordera de sus abuelas, Anuca recuerda uno de los rasgos más comunes de quienes pierden el oído después de haberlo tenido: la resistencia a admitirlo, ante sí mismos, y sobre todo el pudor a admitirlo frente a los demás.

Antes que reconocer que no oían, sus abuelas preferían hacer que entendían lo que de hecho se les escapaba, deslizándose hacia ese

asentimiento indiscriminado que los demás, cuando intuyen lo que ocurre, pero más aún si no lo intuyen, tienden a interpretar como un talante algo bobo, y que una de ellas trataba de disimular con un aire esnob y distante. La otra, mejor dispuesta, llegó a dar clases de lectura labial. Años más tarde, cuando fuera ella misma, Anuca, la que no oía y la que con una sonrisa decía que sí a todo lo que se le escapaba, no podría dejar de sentir que la tomaban por una especie de alelada, igual que les había sucedido en su día a sus abuelas.

Según le explicaron después, porque en el momento tampoco lo advirtió con demasiada claridad, debió de ser en la adolescencia cuando su oído, que ya había nacido tocado y con fecha de caducidad, empezó a desvanecerse. La declaración e inicio de la progresión de la enfermedad suele coincidir con los cambios fisiológicos que se experimentan en esos años, aunque realmente no llegó a notarlo hasta la universidad, cuando comenzó a darse cuenta de que no siempre entendía bien lo que se de-

cía en clase, y hubo de esforzarse más que el resto para conservar las calificaciones que la acreditaban como una buena estudiante.

Aquellos fueron también para Anuca, como para casi todo el mundo, los años de las decisiones. Sus inclinaciones la empujaban hacia la fotografía, una pasión contagiada por su padre, fotógrafo aficionado y competente que incluso tenía un laboratorio en casa. Pero el progenitor, ingeniero con responsabilidades empresariales, consideraba aquello un simple hobby, y no le pareció serio que Anuca pretendiera convertirlo en su opción profesional. Como es moneda común entre los de su profesión, lo que deseaba para su hija era que estudiara, como él, ingeniería: un desafío mucho más adecuado para demostrar su valía e inteligencia y para labrarse en la vida una posición. No era ésa, en modo alguno, la voluntad de Anuca, y se impuso a medias a su padre. Renunció a la fotografía como apuesta vital, pero en compañía de su grupo de amigas optó por unos estudios “útiles” que no eran exactamen-

te los que su padre anhelaba. Así fue como se matriculó en la facultad de Derecho del CEU. El ingeniero podía arrugar algo la nariz, ante una licenciatura “de letras” y más fácil que la que él habría querido para ella, pero no podía decirle que no fuera un camino sin salidas. Lo que acaso inconscientemente pesaba en Anuca, no obstante, era otro tipo de alicientes. Como el tiempo había de revelar, estudiando lo que estudiaban sus amigas afrontaría el empeño en el seno de un grupo que iba a ampararla y a proporcionarle la posibilidad de superar los primeros impedimentos que la sordera, ese enemigo invisible pero implacable, iba a comenzar a oponerle. Al principio no lo notaba demasiado, pero a medida que fue avanzando en la carrera, y pese a tener la precaución de sentarse en las primeras filas y estar muy atenta al profesor, sus apuntes fueron volviéndose cada vez menos fidedignos. Cuando comprendió que dependía de los de sus compañeras para poder superar con buena nota las asignaturas, tuvo la primera señal inequívoca de que

algo serio, algo que iba a condicionar de forma significativa sus opciones de salir adelante, se estaba haciendo un hueco en su vida.

Sin embargo, lo guardó cuanto pudo para sí. Con una actitud que iba a convertirse en su más férrea autodefensa, se forzó a rendir como el resto, sin escudarse en su incipiente discapacidad para reclamar comprensión o un trato de favor. No impidió esto que por aquellos años, los primeros de su veintena, comenzara a hacerse examinar la audición por médicos que confirmaron la pérdida (no importante, todavía) y aventuraron los primeros diagnósticos y pronósticos. Según ellos, en su deficiente audición intervenían factores hormonales, y no era improbable, dada la edad a la que se había manifestado, que fuera creciendo con el tiempo, aunque también le dieron esperanzas: tenía una audición razonable, que hacía prever que siempre la conservaría de forma residual. Si acaso, podría recurrir a aparatos para suplir lo que fuera perdiendo, pero que ni pensara, le dijeron, en hacerse una de esas operaciones

modernas, cuyo primer riesgo era precisamente el de perder lo que oía por sí misma.

Y en ésas estaba, enfrascada en la carrera y empezando a ensordecen, cuando, durante unas vacaciones en el Puerto de Santa María, vio al fondo de una barra a un joven algo mayor que ella y, según lo estaba viendo, supo que era el hombre con el que quería compartir su vida. Cosas de las películas, que a veces van y de veras suceden. Interrumpiéndolo todo, pasando todo lo demás a segundo plano, Anuca encontró el amor. Y como le reclamaban su corazón y sus años, se embarcó en él sin preocuparse de nada más, echando a un lado sombras y temores.

## Avanzando filas

CUANDO CONOCIÓ a José María tenía poco más de 20 años. Él, 26. El flechazo fue recíproco e inauguró una relación a distancia, que la propia Anuca, un poco sin querer y a la vez queriendo, hizo esencialmente epistolar. No sólo era que escribiendo se sentía más segura y tranquila para expresar sus sentimientos; es que por escrito también estaba segura de entender lo que José María le decía. Su marcado acento sevillano a veces le resultaba totalmente ininteligible, y las disfunciones de la comunicación oral entre ambos pronto propiciaron más de un cómico malentendido. El primero, cuando apenas acababan de conocerse y él le dijo por teléfono que si quería que se acercara a Madrid. Anuca entendió que le preguntaba si le quería, y aunque le extrañó requerimiento tan intenso y prematuro, respondió que sí, que le quería, lo que obró el efecto de hacer creer a su

interlocutor que era ella la que iba extrañamente deprimida. Las cartas no la exponían a esa clase de situaciones, que luego, cuando se despejaba el equívoco, la avergonzaban hasta el punto del sonrojo. Sea como fuere, pronto José María supo que aquella chica a la que cortejaba tenía algo que la hacía distinta. En los años sucesivos, se convertiría en el confidente casi único de las zozobras y temores que le provocaba aquella sordera creciente.

Entre tanto, seguía con la carrera. De la última fila, donde había empezado a tomar apuntes, llegó hasta la segunda y finalmente a la primera. Pero no sirvió de nada. Primero empezó a advertir que había en sus apuntes ligeras discrepancias con los de sus compañeras, que ella oía y apuntaba palabras diferentes. Luego comenzó a no entender frases enteras. En el último curso, ya prácticamente no pillaba nada y sus compañeras tomaban los apuntes con papel calco. Se habituó a mirar al profesor con cara de aplicación, aun cuando no tenía idea de lo que estaba diciendo, y a estudiar para

los exámenes descifrando varias caligrafías diferentes. Lo terrible, lo literalmente angustiante, eran los exámenes mismos, en los que tenía que pedir a quienes tenía más cerca que le repitieran las instrucciones que habían dado antes de comenzar. Alguna vez le llamaron la atención por eso.

Por lo menos, a esa edad, los veintitrés años, todavía le llegaba para escuchar la música. Sin ella, sentía entonces, se moriría. No sabía que iba a tocarle estar privada de ella durante muchos años, y menos aún que un día la música, después de una prolongada y dolorosa ausencia, regresaría a su vida.

Pese a todas las dificultades, terminó con aprovechamiento y el título correspondiente la carrera, y poco después su noviazgo a distancia con José María se convirtió en matrimonio. Un matrimonio que había de llevarla lejos de casa, a Málaga, donde él tenía su puesto de delegado de una empresa financiera, y donde tuvo que hacerse, no sin esfuerzo, a la soledad de una vida independiente lejos de los suyos: de su nutrida familia (seis hermanos, nada menos) y de

las amigas que habían sido sus permanentes cómplices y protectoras durante la carrera.

Los médicos le dieron, también por aquellos días, los primeros diagnósticos alarmantes. Hipoacusia congénita hormonal. El mal avanzaría de forma imparable, y se vería acelerado si tenía hijos. No era la manera más alentadora de asomarse a un proyecto de vida en común que incluía, como era el caso, la formación de una familia con el hombre al que amaba. Y entre tanto, Anuca afrontaba otras dificultades. Por ejemplo, la relación con su nueva familia política, toda ella formada por andaluces, y por tanto hablantes de un castellano marcado por ese deje al que a ella tanto le costaba acostumbrarse y cuyos sonidos peculiares (desde el seseo hasta la forma de cortar las palabras) tanto le dificultaban entender lo que se le decía. En algún momento llegó a tener la sensación de que quedaba fatal ante ellos, como una especie de retardada, algo que le producía un estrés añadido.

Para ponerlo todo un poco más cuesta arriba, Anuca se sentía sola, muy sola en esa ciu-

dad extraña para ella, Málaga, donde no tenía parientes ni amigos, y en la que ni el mar ni la bonanza del clima la consolaban de su aislamiento. Aunque vivía en El Limonar, una bonita urbanización edificada sobre los montes que dominan la ciudad, lo último que siente es nostalgia al recordar aquellos años, en los que sólo los libros, en los que empezó entonces a encontrar un nuevo territorio, le servían de alivio. Lo bueno fue que esa etapa malagueña no duró demasiado. Poco antes de la Expo del 92 a su marido lo destinaron a Sevilla, lo que le regaló un cambio de aires que también traería una ampliación de sus horizontes. Recuerda con añoranza su pase diario de la Expo, a la que acudía a menudo, y que le parecía acogedora y casi mágica, en contraste con los ocho meses solitarios y sin alicientes que había vivido en la Costa del Sol. También por aquellos días, en su primer aniversario, le regalaron su primera cámara fotográfica. Un día sería su tabla de salvación.

Sevilla le ofrecía más posibilidades laborales que Málaga y Anuca quiso aprovecharlas.

Hizo trabajos de azafata y de atención al cliente, en este último caso para la compañía eléctrica local, Sevillana de Electricidad. Todo un desafío, para alguien que empezaba a tener serias dificultades auditivas, mantener un trabajo que la tenía todo el día colgada del teléfono. Fue allí donde empezó a aprender y desarrollar las picardías que en años sucesivos le permitirían encubrir, con éxito a veces pasmoso, su condición de sorda. Por ejemplo, recurrir a excusas como “Disculpe, hay una interferencia”. O echar mano del truco: “¿Puede deletreármelo, por favor?”. O la solución para situaciones desesperadas: “Perdone un momento, le paso a mi compañera”.

Aun con todos sus apuros, aquellos primeros trabajos le demostraron que pese a su sordera podía desempeñarse como una persona válida, incluso conseguir que aquellos con quienes trabajara no advirtieran su desventaja. Fue así, de hecho, como empezó a convertir aquello que muchos habrían visto como su de-

bilidad en todo lo contrario, su mayor fortaleza. No comportarse como una sorda, no pedir ni esperar que la auxiliaran, la enseñó a luchar y a sentirse orgullosa de sí misma y de sus logros, aunque a la vez, y en cierto modo, la fuera encerrando en una burbuja separada del resto, de todos aquellos con los que no compartía su íntimo secreto, el silencio que la acechaba.

Quien supo entonces lo que le ocurría, y se vio muy impresionada por ello, después de hablar con uno de los médicos, fue su suegra. Lo que el doctor le dijo fue que su nuera no era, como parecía, lenta de reflejos, sino sorda, que iba a ir a peor y que además no tenía arreglo. A partir de esa revelación, empezó a rezar y a hacer promesas a la Madre Purísima, la santa de Sevilla famosa por sus milagros. Anuca, a quien su experiencia laboral había dado fuerzas y confianza en sí misma, le sugirió un día que no rezara para que recobrase el oído, vistas las pocas probabilidades que les daban de que eso llegara a ocurrir. “Reza”, le dijo, “para que lleve la sordera con dignidad”. Pero la suegra siguió

pidiendo a su santa para que le devolviera el oído. Al recordarlo, veinte años después, Anuca esboza una sonrisa.

Poco duró el interludio sevillano. No llevaban allí un año cuando a José María lo trasladaron a Madrid. Para Anuca, la vuelta a su ciudad natal. Donde también iban a nacer sus hijos.

## Madre a pesar de todo

**E**N EL efervescente Madrid de principios de los 90, las oportunidades se multiplicaron para Anuca. Comenzó haciendo sustituciones en Sirecox, una empresa de comercio exterior, y pronto le llegó una oferta atractiva: un puesto como asistente de dirección en la sucursal madrileña de un intermediario financiero británico, Singer & Friedlander. Su jefe, un inglés inteligente e intuitivo, le dio toda la confianza aunque fue enseguida consciente de sus problemas de audición. Su olfato le decía que aquella chica era capaz de sobreponerse perfectamente a ellos, y no se equivocó. Le ayudó a montar la oficina, a gestionar los clientes y a lanzar el negocio. Para Anuca, la confianza de Harold, así se llamaba el inglés, fue todo un espaldarazo. Tratando todo el día con gente, en español y en inglés, se persuadió de que podía funcionar profesionalmente como la que más, y de que no estaba condenada a confinarse en

su mundo interior. El trabajo no estaba exento de esfuerzos, a veces agotadores. Anuca se recuerda bebiéndose las caras, las bocas, los gestos, para descifrar lo que sus oídos ya le omittían, en un derroche de concentración que la devolvía por la noche extenuada a casa. Pero así y todo, se apañaba. Su valoración mejoraba año a año.

Cuando Harold dejó Singer & Friedlander para montar la sucursal de otro intermediario británico, se fue con él. Era un jefe exigente, pero ser capaz de responderle y de mantener la excelente relación personal y profesional que había entre ambos la reafirmaba en su autoestima. En esta segunda etapa tuvo a sus dos primeros hijos, Ana y Pipo. La primera llegó a sus 27 años, el segundo a sus 29. Pudo compatibilizar la maternidad con el trabajo sin apreturas gracias al buen entendimiento que había alcanzado con su jefe. Nadie le regateó el derecho a disponer de las bajas que le correspondían, como les sucede a tantas otras madres trabajadoras, y gracias a una jornada flexible ella pudo seguir respondiendo a las exigencias de su trabajo.

La llegada de su primogénita, Ana, significó para Anuca la felicidad absoluta. Al tenerla en sus brazos, se sintió capaz de todo. Por ella, con ella, vencería todos los obstáculos que se le opusieran. Esa fuerza la llevó a buscar el segundo, aunque el médico lo desaconsejaba. “Cada hijo que tengas se lleva un poco de tu oído”, le advirtió. Nació Pipo y Anuca todavía conservaba algo, lo suficiente como para oírle llorar y acudir cuando el niño la necesitaba. Pero la merma era ya notable. Fue entonces cuando comenzó a recibir clases de lectura labial. Si el oído terminaba de apagarse, habría que echar mano de otros recursos.

Estando de baja maternal de su segundo hijo, le llegó el mazazo: la dirección de Londres decidía cerrar la empresa y se quedaba sin trabajo. Ahí, recuerda, comenzó la vida a ponerse cuesta arriba. Buscó otros empleos, y los encontró, pero ya no contaba con la confianza de aquel jefe, sino que tenía que bregar con otros, menos comprensivos y a los que, por añadidura, no podía dejarles advertir lo severa que empezaba a ser su limitación auditiva. Pasó

por una empresa de empleo temporal, por una farmacéutica... Su jefe en la segunda, que tiraba a déspota, se divertía ejercitando con ella la ironía. Cuando le pedía que le repitiera algo, la miraba condescendiente y le decía, malicioso: “Por si no lo sabes, hay unos aparatitos...” Aquel tipo no sabía, ni le importaba, que los audífonos apenas la ayudaban, le llenaban el oído de chirridos y no eran adecuados para corregir su pérdida de audición, porque no restituían las frecuencias que a ella empezaban a escapársele casi por completo. Pese a todo, Anuca no se dejó arrugar. Sabía que dejar de trabajar era aislarse, y no estaba dispuesta a dejarse arrinconar tan pronto.

Acabó abandonando la farmacéutica y encontró otro trabajo como secretaria del director financiero de una aseguradora. Allí continuó el calvario. Las pasaba canutas, sobre todo con el teléfono, y también con alguna compañera y alguna jefa que la hicieron blanco de sus críticas y chismes. Cada vez le costaba más ocultarlo, pero nunca les dijo que se estaba quedando sorda. “Igual no me habrían cogido si se

lo digo”, recuerda. Y por encima de todo, necesitaba seguir trabajando. Estar ahí, en la lucha, dando el callo, era su manera de estar viva, de defenderse.

Y sin embargo, el desgaste era mucho. Hasta que un día, por el trabajo, conoció a una procuradora. Le explicó en qué consistía el trabajo, para el que la habilitaba su licenciatura en Derecho, y Anuca se dijo que era ideal para ella. Se armó de valor y junto a una compañera, Belén, puso despacho. Corría el año 97, todavía eran buenos tiempos. En seguida consiguió buenos clientes, sobre todo constructoras, y tuvo un golpe de suerte: las expropiaciones para la ampliación del aeropuerto de Barajas, lo que hoy es la T4. Muchos asuntos, fáciles de llevar, porque se trataba de contencioso-administrativos, procedimientos que entonces eran casi al cien por cien escritos, y en los que no oír bien apenas representaba una desventaja. Tenía mucho trabajo, y algún momento de estrés en los juicios, cuando el secretario o el juez (o la secretaria o la juez) le decían algo que no terminaba de entender mirándoles los labios. Pero se apañaba,

como con los clientes. Su compañera, Belén, fue un apoyo inmejorable. Junto a ella, perfeccionó hasta extremos increíbles sus argucias de sorda para disimular su condición. A veces, hablando por teléfono, le pedía que oyera ella por el auricular y le resumiera mediante notas lo que el cliente decía, y sobre esas notas ella, volviendo a coger el auricular, respondía lo que procediera. Otras veces le pasaba sin más la comunicación, alegando que tenía que salir. Otros trucos novedosos a los que recurrió: decir que iba en el coche sin manos libres, que no podía arriesgarse a que la multaran y que la llamaran luego; o pedirle al cliente que mejor que llamarla, que tenía una vista, se lo pusiera todo en un correo electrónico. Y así iba saliendo adelante.

Asentada como procuradora, se planteó tener un tercer hijo. Los médicos fueron taxativos: te juegas el poco oído que te queda. Aun así, Anuca se la jugó: ya apenas tenía que perder. Ni en las cenas, ni en el cine, ni en la ópera ni en el trabajo oía casi nada ya. Y aun así seguía saliendo a cenar, yendo al cine y a la ópera, y trabajando. Nació Eugenia, su hija menor. Su llanto

ya apenas era un murmullo lejano. Mientras la miraba, Anuca pensaba en su abuela, que por poco no había llegado a conocerla. E imaginaba que desde el cielo velaba por ella, para que mantuviera la fe y las fuerzas para salir adelante, para criar a aquel bebé y a sus dos hermanos y seguir dando la talla en el trabajo.

Echando la vista atrás, Anuca recuerda esos años de sacrificio como cruciales para su supervivencia y para mantener la cabeza en su sitio. Renunció a que la ayudaran, a dejar ver lo que la condicionaba y afligía. Lo hizo incluso contra la opinión de su marido, que la animaba a que lo reconociera y lo dijera y no se condenara a esos esfuerzos que tanto la desgastaban, en el trabajo y en la vida social, y que alguna vez incluso la llevaban a alguna situación chusca. Tanto miraba a la gente, para tratar de leerles los labios, que alguna vez le dio la sensación de que alguno la malinterpretaba, suponiéndole otro interés. Tanto asentía y sonreía, que unos la consideraban una sin sustancia y otros una mujer encantadora, sin adivinar que lo que ocurría, simplemente, era que no entendía ni

jota de lo que le estaban diciendo. Y sin embargo, nunca transigió en dejar que trascendiera su sordera, escudarse en ella de ninguna forma. Sentía que eso iba a restarle oportunidades, y que su salvación estaba ahí, en seguir en la brecha, a toda costa, a cualquier precio.

Un día fue con su marido al cine a ver *El hijo de la novia*. Las imágenes le permitían atisbar la belleza de la película, pero ya no oía nada, se le escapaban todos los diálogos. Salió llorando del cine. Poco después, alguien le contó que en la Clínica Universidad de Navarra hacían una operación que podía ayudarla.

Y decidió ir.

## Desde el silencio

**L**A PISTA se la dieron unos amigos que veraneaban en Menorca, como Anuca. Tenían dos niños, sordos de nacimiento, a los que el doctor Manrique, de la Clínica Universidad de Navarra, había devuelto la audición con sendas operaciones de implante coclear. No estaban seguros de que pudiera servirle, dependía del tipo de sordera, pero la animaron a acudir a su consulta.

Fue en el año 2004 cuando fue por primera vez a la Clínica. El doctor Manrique la examinó y desaconsejó operarla de inmediato. Según le dijo, había que esperar a que la pérdida de audición fuera mayor: la que tenía era ya muy importante pero había que ver cómo evolucionaba. Por aquel entonces, Anuca se arreglaba con unos audífonos minúsculos, que bien poco remediaban, pero tuvo que soportarlos durante año y medio más.

En septiembre de 2005, tras una revisión, el doctor Manrique le dio la noticia: si quería, podía operarse ya. A partir de ahí era decisión suya. La advirtieron de que uno de los riesgos de la operación era la pérdida total de audición del oído operado, pero que su oído izquierdo funcionaba ya tan poco que el criterio del facultativo era que valía la pena intervenir. En el camino de regreso a Madrid, Anuca y su marido pararon a comer en Burgos, en el restaurante Landa, al costado de la antigua Nacional I. Nunca lo olvidará porque allí fue donde tomaron la decisión.

La fecha de la operación quedó fijada para el 17 de noviembre de 2005. Anuca llegó a Pamplona la víspera, a mediodía, acompañada de su marido y su suegro. Se fueron a comer al restaurante Europa (tampoco se le borra esa comida). En Pamplona estaban también ya su padre y su madre, una mujer discreta y siempre prudentemente en segundo plano, pero que jamás había dejado de ser su firme y seguro apoyo, cuando lo necesitaba. Hicieron tiempo hasta las 6 de la

tarde, cuando la ingresaron para el preoperatorio. No estaba asustada por la operación en sí, aunque la inquietaba la anestesia, y en algún momento, como le sucede a cualquiera que se somete a una anestesia general, pasó por su cabeza el temor de no volver. También temía que el regreso fuera desagradable, o casi contaba con ello. Así y todo, entró de buen ánimo en el quirófano, a eso de las 8 de la mañana.

La enfermera que la recibió la tranquilizó en relación con la anestesia: muchos de los pacientes a los que operaban eran niños, y jamás habían tenido ningún problema. Cuando perdió la consciencia, comenzó la parte de esta historia que Anuca no puede contar, pero que el cronista que trata de poner en palabras su experiencia sí tuvo ocasión de presenciar, con otro paciente. Y como merece la pena contarlo, se permitirá hacer un pequeño paréntesis, y cambiar por un momento el punto de vista desde el que viene desarrollándose esta narración. Tenemos al paciente dormido. He aquí lo que sucede y él no puede ver.

No haremos una descripción médica rigurosa de lo que implica el implante coclear. Quizá sea mejor describirlo en términos comunes que permitan dar de él una idea razonablemente fiel. En síntesis, la operación consiste en implantar unos electrodos dentro de la cóclea, en el oído interno, en contacto con el nervio auditivo que transmite en forma de impulsos nerviosos los sonidos registrados por nuestro oído, cuando funciona correctamente, y que se convierten en la percepción auditiva que tiene y procesa nuestro cerebro. Esos electrodos van conectados por medio de un cable a un receptor interior que a su vez se enlaza por radiofrecuencia con un receptor exterior, que es el que reemplaza al oído inoperante en la labor de captar el sonido, convirtiéndolo en una señal que a través de los electrodos pasa al nervio auditivo. El implante sustituye la audición natural por una señal generada electrónicamente, con arreglo a una programación específica, similar a la natural (nunca idéntica) y que el paciente, tras el implante, debe aprender a procesar vol-

viendo a asociar a cada sonido la percepción correspondiente: el ruido de un motor, la música, las palabras. Todo debe reaprenderse, porque para el implantado, si los oyó antes, ya no sueñan como sonaban. Y si nunca oyó, ha de aprender a asociar esa percepción para él novedosa a lo que en cada caso representa.

La intervención en sí es un prodigio de precisión. Llegara la cóclea significa adentrarse hasta lo más profundo del oído interno, y el camino, lleno de elementos sensibles, va ganando a medida que se avanza en dificultad, porque cada vez es más angosto el canal por el que puede progresar el cirujano. Cuando se llega al final, al acceso a la cóclea, el paso apenas tiene un par de milímetros de anchura, y es por ahí, sin margen de error a derecha o a izquierda, arriba o abajo, por donde ha de abrirse paso con la fresa, con paciencia infinita y midiendo cada movimiento. La operación se realiza con microscopio, y al profano que asiste a ella, sin visión directa por el microscopio, exclusiva del cirujano, pero con la imagen de un enorme mo-

nitro Full HD que permite seguir cada paso, le fascina el pulso con que se mueven las manos del médico. Según explica el doctor Manrique, lo más delicado del aprendizaje está ahí, en aprender a controlar los dedos en movimientos que son ínfimos, aunque la imagen ampliada del microscopio los magnifique hasta hacerlos parecer tan triviales y tan sencillos de realizar como cualquier otro.

Despejado el camino, se introducen los electrodos, se conectan al receptor interno, al que previamente ha habido que prepararle un alojamiento en el hueso temporal, y se sutura el cuero cabelludo con el mismo cuidado con que se ha realizado el resto de la intervención. La primera sensación que tuvo Anuca en la vuelta de la anestesia (de la que por lo demás, y en contra de todos sus temores, salió perfectamente) fue un tremendo dolor de cabeza. El sábado 19 le dieron el alta y abandonó la Clínica con la cabeza vendada. Le esperaba un mes de convalecencia, para la cicatrización de la herida, proceso que debía completar antes de que

le colocaran el receptor exterior. Antes de co-serla, el equipo del doctor Manrique, con ayuda del software del fabricante, había verificado que los electrodos respondían adecuadamente a la señal del receptor. Sólo quedaba que Anuca estuviera en condiciones de colocárselo para empezar a hacerlo funcionar. Pero para ello debía esperar aún ese mes. Era una sensación un tanto desconcertante, haberse operado y que eso aún no se tradujera en nada y tuviera que aguardar varias semanas para advertir los efectos.

Por aquel tiempo, Anuca estaba cursando en EFTI, una prestigiosa escuela de imagen madrileña, un máster de fotografía con el que al fin trataba de dar cauce a su vocación y su pasión. Durante los viajes a la Clínica, que se acostumbró a hacer en tren, empezó a hacer fotos desde la ventanilla. Algunas de aquellas instantáneas acabarían dando lugar a su primera exposición, titulada, no por casualidad, Desde el silencio. El martes siguiente a la operación, armándose de voluntad, quiso reincorporarse a las clases. El miércoles, completamente ma-

reada, comprendió que debía tomárselo con más calma. Pasaron lentamente las semanas, curándose la herida y recuperándose. El 18 de diciembre, junto a su marido y su hija mayor, Ana, que por aquel entonces contaba sólo once años, viajó a Pamplona.

El 19 por la mañana le conectaron el cacharro, es decir, el receptor exterior. De sus dos partes, una, el procesador de sonido, se sujeta al receptor interior gracias a un imán: ésa no planteaba muchos problemas. La otra, donde van las baterías, y que se sujeta a la oreja con un gancho de plástico, iba a convertirse en su pequeña pesadilla. Sus orejas eran demasiado pequeñas y tendía a caérsele. La solución, unas gomas que se acaban clavando y haciendo una herida que luego se transforma en callo, pero que cada tanto deben cambiarse y vuelta a empezar: nueva herida, nuevo callo, y a cambiar la goma otra vez. No todo iba a ser un camino de rosas en su nueva condición de oyente.

Una vez colocado el artefacto, y mientras trataba de habituarse a la rara sensación de lle-

var aquello en la oreja y en la cabeza, lo encendieron. Y de pronto, se hizo el sonido.

## Todos sois Gracita Morales

**L**A PRIMERA sensación, recuerda Anuca, fue impactante. Como si te enchufaran. Como si alguien encendiera de pronto una radio. La impresión sonora inicial se parecía mucho al ruido confuso que hace una cinta de casete cuando se la rebobina o se la hace avanzar a más velocidad de lo normal. Ya con el aparato puesto se fue a comer, y en el restaurante el ruido le pareció atronador, y a la vez tan abigarrado y complejo como nunca lo había percibido antes. A las cuatro de la tarde la recibió el doctor Manrique y le dijo que todo iba conforme a lo previsto. Lo que venía a continuación era el aprendizaje y la familiarización con su nuevo oído artificial. La adaptación y el ajuste del aparato los supervisaría la doctora Huarte, y para aprender a identificar cada sonido contaría con la ayuda de Bea, la logopeda. Además de ellas, iba a tener el apoyo inestimable de su

hija, Ana, que a sus once años iba a asumir la responsabilidad de guiar a su madre, con madurez sorprendente para su edad, en el nuevo e incierto camino que se disponía a recorrer. Su marido, José María, debía regresar a Madrid para reincorporarse a su trabajo.

Las dos semanas siguientes se sujetaron a una rutina regular. Por la mañana, sesión con Bea, identificando sonidos y aprendiendo a asociarlos con sus respectivos significados. A mediodía se iba a almorzar con Ana, y de 15.30 a 16.30, otra vez sesión con Bea. Terminada ésta, se iba con la niña al centro, donde procuraba buscar algún plan agradable para ambas. Unos días iban a tomar chocolate con churros, otros salían de compras, o a buscar los regalos de Navidad para la familia. Entre tanto, repasaban juntas lo que había visto con Bea durante la jornada: los colores, los números, los días de la semana. Como Anuca había aprendido a leer los labios (igual que Ana, dicho sea de paso) la logopeda le pedía a la niña que le hablara dándole la espalda. Pasadas las dos semanas, Bea le

dijo que habiendo oído antes no era necesario que en Madrid hiciera rehabilitación. Bastaba con que se pasara unas cintas con sonidos y los fuera reconociendo: el ladrido de un perro, el maullido de un gato, el microondas, ruido de platos, etcétera. También otras con textos, leídos por distintas voces, para que se hiciera a las palabras, dichas con diferentes tonos de voz. Podía recurrir igualmente al teletexto de la tele, que emitía en el 888 subtítulos, para poder leer lo que en cada momento decía el locutor. Le vino muy bien hacer aquel ejercicio con Ana Blanco, de TVE, por la limpieza de su dicción. Luego se atrevió con las series, también subtituladas, aunque ahí, por la variedad de voces, le costaba más. Pero poco a poco fue capaz de entender lo que cada uno decía.

Lo que más le chocó, de entrada, era que todas las voces le sonaba parecidas, sin poder distinguir entre graves y agudas. Todas venían a sonar como Gracita Morales. Al principio le pareció raro, pero el *shock* vino cuando escuchó por primera vez la voz de su marido: era lo me-

nos seductor del mundo, Gracita Morales con acento andaluz. Por suerte, aquella impresión desaparecería con el tiempo, a medida que se fue habituando al aparato, y una vez que fue capaz de distinguir los diferentes sonidos, lo que más asombro le produjo fue descubrir que todo suena, una gama infinita de impresiones acústicas que nunca había podido imaginar. El ruido de fondo de la fotocopiadora, el aire acondicionado... Esos sonidos, para otros corrientes, le parecían prodigiosos. Sí, de pronto todo sonaba, todo le hablaba a su nuevo oído, y a través de él a su mente. El aparato le molestaba a rabiar, le dolía la oreja, le dolía la cabeza, pero Anuca se juró a sí misma que no flaquearía, que no sucumbiría jamás a la tentación de quitárselo. Con callo o con herida, con jaqueca o sin ella, se mantendría firme. No era para menos. De pronto, empujada por los suyos, sentía que le habían salido alas, y cuando uno tiene alas, tiene también la obligación de abrirlas y volar.

Y fue entonces, también, cuando regresó la música. Tantos años sin ella, aunque en su

juventud hubiera sido su refugio, le habían hecho olvidar que existía. Aunque no del todo. No había dejado nunca de bailar, por ejemplo, reemplazando la música perdida por la vibración del sonido, a la que había aprendido a acompañar sus movimientos. Pero volver a oír-la, la música...

Al principio, le costó. Le producía una impresión demasiado fuerte. La música se prende a los recuerdos, y quienes la oyen regularmente así lo sienten, pero también se acostumbran a su poder evocador y éste, como pasa con todo lo que se hace hábito, pierde fuerza. Para Anuca, cuando volvió a oír la música de su juventud, la evocación conservaba toda su fuerza intacta. Hacía muchos años que no escuchaba aquellas melodías, y de pronto le llegaban, a través del tiempo, con una viveza y una intensidad que llegaban a resultar insoportables. Volver a oír a Meat Loaf, Genesis, Supertramp... Sobre todo a estos últimos, con su *Babajá*, o *The River*, de Bruce Springsteen, dos canciones que le traían tantos recuerdos que tardó en poder escucharlas con

normalidad. Aprendió que debía ir con tiento, a la hora de recuperar viejas canciones, que podían llegar a afectarle demasiado. También volvió a disfrutar de Bach, de quien escuchaba una y otra vez la cantata 147. Sin embargo, otras piezas de música clásica comprobó que las aguantaba bastante mal. El sonido del clarinete, en particular, le resultaba insufrible. Una ventaja, eso sí, de su nuevo oído electrónico era la posibilidad de conectar el receptor a un iPod, con un adaptador al efecto. La sensación era como si la música le entrara directa dentro, sin ningún estorbo.

Pero el mayor placer para Anuca era oír, al fin, a sus hijos. Cuando la sordera avanzó, implacable, se empezó a perder sus conversaciones, algo que los niños aprovechaban, con la inevitable travesura infantil, para comunicarse impunemente a sus espaldas, aunque otras veces su incapacidad para oírles, sobre todo en esos momentos de impaciencia que también son propios de la niñez, les resultaba menos divertida. Con todo, los niños llevaban la sordera

de Anuca con naturalidad, tanta que incluso las niñas le preguntaban cuándo iban a quedarse ellas sordas y, una vez que le vieron puesto el aparato, cuándo iban a tener uno igual que el suyo, y si molaba cómo se oía con él.

Ahora podía escucharlos, hablar con ellos con normalidad. Nada la hacía más feliz, porque nada había para ella tan importante. Los había tenido, a los tres, contra la recomendación de los médicos, y no sabía en qué medida eso había contribuido a su pérdida de audición (el doctor Manrique le dijo que dudaba que hubiera una relación directa, que sus oídos estaban condenados a irse deteriorando de todos modos) pero se alegraba de no haberse dejado amilanar por aquella advertencia. Ellos eran su mejor obra, y por fin podía oír sus voces y disfrutarlas.

Con la perspectiva de los años transcurridos, y desde su audición recobrada, Anuca daba también por bien empleados sus esfuerzos para adaptarse a la sordera y para seguir adelante, en el trabajo y en la vida, a pesar de ella.

Sentía que ese afán de resistir la había hecho más fuerte, y hasta que la sordera, lejos de una desdicha, había sido para ella una bendición.

Gracias al implante, podía oír, pero también dejar de oír a conveniencia. Poco después de implantarse, su audición natural se extinguió prácticamente por completo. Sin el receptor conectado, el silencio para ella se volvió total. Algo que no dejaba de tener sus ventajas. Por ejemplo, si quería leer. Bastaba con apagarlo para tener una concentración absoluta. Otros tienen que buscarla, y a veces no la encuentran, porque el mundo está lleno de ruidos inoportunos. Para ella, era tan sencillo como apretar un botón. Y así regresaba a ese otro mundo que había descubierto al principio del silencio, el de los libros, donde aun cuando estaba y se sentía más sola había encontrado un consuelo. Donde le aguardaban Stendhal y *La cartuja de Parma*, o Vladimir Nabokov y *Pálido fuego*, dos de sus libros favoritos.

## Hazte lo que eres

CON EL implante, su oído izquierdo, el que hasta entonces había sido el malo, se convirtió en el bueno. Y el derecho fue apagándose del todo, lo que le sugirió a Anuca la idea de operárselo también. La doctora Huarte se lo desaconsejaba, le decía que había muy pocos adultos con implante bilateral, que no era realmente imprescindible. Pero tras redescubrir la audición, Anuca la quería completa. Quería oír en estéreo. De modo que volvió a meterse en el quirófano, cuatro años después.

La segunda operación se la hizo el doctor Manrique el 19 de noviembre de 2009. Volvió a pasar por el trago del quirófano (esta vez la vuelta de la anestesia fue más molesta) y de la recuperación, y repitió el aprendizaje que ya había hecho con el oído izquierdo. Como la otra vez, Ana, su hija, fue su compañera y apoyo en este segundo proceso. Ya tenía 15 años y

atravesaba una adolescencia difícil, que la había empujado a llevarse muy mal con su madre. Aquellos días en Pamplona, ayudándola a hacerse a su segundo oído artificial, las reconciliaron. Alcanzaron tal complicidad que le pidió permiso para tatuarse en la parte posterior del cuello, ocultas por su melena, unas palabras que tenían que ver con el viaje de su madre desde la sordera hacia el sonido. Anuca se lo dio y ahí están: *Fromsilence*, o lo que es lo mismo, *Desde el silencio*, su divisa, escrita en inglés.

El aprendizaje con el segundo implante resultó más rápido, y sus efectos no se hicieron esperar. Con dos implantes, Anuca discriminaba mucho mejor los sonidos, disminuyendo la sensación de confusión que experimentaba sólo con uno en lugares ruidosos. Una vez que se habituó, descubrió que el implante doble le servía para entender mejor a todo el mundo, y se desprendió de ese tic de sorda consistente en girar todo el rato la cabeza para ofrecerle al interlocutor el oído bueno. Todavía hoy sigue teniendo mejor audición por el lado izquierdo

que por el derecho, y cuando ha de desconectar alguno de los audífonos, por ejemplo en los aviones, es este último el que prefiere apagar.

Disponer de los dos oídos es también una tranquilidad frente a la eventualidad de que se le agoten las baterías. Cuando sólo tenía uno, funcionaba sin piedad la Ley de Murphy: se quedaba sin pilas siempre en el momento más inadecuado. Como aquella vez, en Aranjuez, cuando iba a hacer una presentación de sus fotografías en un curso internacional, en inglés, y al aparato le dio por quedarse muerto justo entonces. No le quedó otra que pedir disculpas y proceder a cambiar la pila en el estrado. Lo hizo con un desparpajo que a ella misma la asombró. Ahora que oía, había perdido el pudor de reconocerse sorda.

Anuca siguió trabajando como procuradora hasta 2011, pero después de su primer implante dejó de aceptar clientes nuevos, y se limitó a seguir llevando, hasta su término, los asuntos que ya tenía en marcha. Junto con la vuelta a la audición, había decidido consagrar-

se a lo que verdaderamente sentía que era su camino, la fotografía y el arte. Fueron sucediéndose las exposiciones: *Niebla*, *Brumas*, *Herida*. Una buena muestra de todas ellas la recogió en su página web, [www.anucaaisa.com](http://www.anucaaisa.com).

Finalmente, montó su propia escuela de arte, con la idea de suplir lo que en su sentir, y por la experiencia con sus hijos, faltaba de motivación y enseñanza para el desarrollo de la creatividad de los niños en el sistema educativo oficial. Esta recobrada confianza en sí misma, para seguir su vocación y sus intuiciones, es el efecto secundario más benéfico del implante, que nadie le anunció. Por él da por bien empleados los esfuerzos para adaptarse a los aparatos, las heridas de las orejas, los dolores de cabeza y todas las molestias que la cirugía lleva consigo.

Quienes la rodean son unánimes: tras volver a oír, Anuca es otra persona. Así lo certifica su hija Ana, la mayor, que la conoció introvertida e insegura y la acompañó en sus dos operaciones y en el proceso de habituarse a reconocer los sonidos (cuando no sabía si lo que

pasaba por la calle era un coche o unos niños, recuerda gráficamente): ahora es una persona alegre, confiada, divertida, y no es que antes no lo fuera, pero hoy lo es de un modo distinto a como lo era cuando la sordera la llevaba a buscarse toda clase de triquiñuelas para sortearla. Incluso ha descubierto Ana que su madre canta, aunque lo haga pésimamente.

Cuando escucha a su hija describir su transformación, Anuca asiente y a la vez discrepa. Cree que la sordera, aunque fuera una dificultad, también la hizo como persona, porque también la obligó a luchar como nunca habría luchado si sus oídos hubieran funcionado como debían. La obsesión por no quedarse del todo aislada, la necesidad de sobreponerse, incluso los momentos de soledad que la llevaron a crearse un mundo interior, la construyeron tal cual es y le ayudaron a buscar y encontrar dentro de sí la fuerza que la empujó a vivir y a trabajar y a formar la familia que le decían que le estaba vedada. Y llega a concluir, categórica: “Sin esto yo sería otra persona, peor”.

Este cronista no la ha conocido cuando no oía, pero advierte, escuchándolas, que ambas tienen su parte de razón. Anuca es hoy una mujer amable, comunicativa, risueña, en quien quedan rastros, a veces casi imperceptibles, de esa antigua prevención, de ese medir los pasos y los gestos a que se acostumbró para tratar de paliar el suplicio de no entender a quien le hablaba. Sigue mirando algo los labios. Aunque ya no lo necesite, parece darle tranquilidad, como si fueran una especie de subtítulos de la vida real que ella conoce y no puede dejar de aprovechar. Sólo muy de vez en cuando no capta o no entiende algo y pide al interlocutor que se lo repita. Pero por lo demás, desprende una rara paz. Y cuando se le pregunta por los inconvenientes de la operación, si tiene alguno, no es a los propios a los que se refiere. Menciona que los aparatos requieren un mantenimiento, incluso a veces precisan recambios, costosos, y que los niños, que son los únicos a quienes les cubre la intervención la Seguridad Social, no tienen en cambio siempre las ayudas que nece-

sitarían para mantenerlos en perfecto estado de funcionamiento, y que así es como algunos dejan incluso de utilizarlos y vuelven a la sordera. Para ella, que dispone de recursos, esto no es un problema, pero es consciente de que otros no son tan afortunados y reclama que el Estado esté más pendiente de ellos.

El epílogo para esta historia nos lo proporciona su marido, José María, el hombre menudo y tranquilo que ha estado junto a ella durante todos estos años, el que la animaba a decir lo que le ocurría pero al mismo tiempo respetaba su decisión de guardarlo para sí y la sostenía en los momentos de tribulación. Invitado a resumir lo que ha supuesto la operación para ella, José María parece acordarse de la muchacha a la que conoció hace un cuarto de siglo en el Puerto de Santa María y sentencia: “Lo que le ha traído es que le ha permitido ser quien realmente es, la Anuca que llevaba dentro y a la que la sordera aprisionaba”.

No está mal, para terminar una historia. Lo que recomendaba Píndaro, en aquel viejo verso

de la Pítica II, la dedicada “a Hierón de Siracusa, vencedor en la carrera de carros”:

*Hazte el que eres, como aprendido tienes.*

Después de todo, no cabe imaginar final más feliz.

## Historia clínica

**Ana Aísa Blanco**, de 38 años de edad, casada, con tres hijos, acude a la consulta de Otorrinolaringología de la Clínica Universidad de Navarra el 17 de febrero de 2004. Desde los 15 años de edad viene presentando una pérdida de audición progresiva en los dos oídos, que se ha acentuando en cada uno de sus tres embarazos. Los primeros audífonos le fueron adaptados en 1996. Ana cuenta con múltiples antecedentes de hipoacusia en su familia. En las pruebas de imagen se identificó una pequeña dilatación bilateral de acueductos vestibulares.

Un año y medio después de la primera consulta acude a revisión refiriendo oír peor. Después de constatar en los estudios audiométricos la existencia de una hipoacusia neurosensorial severo-profunda en los dos oídos, que cursaba con importantes limitaciones para comprender la palabra hablada, incluso con el uso de sus au-

dífonos, se indicó la colocación de un implante coclear en el oído izquierdo, cirugía que se llevó a cabo el 17 de noviembre de 2005.

Los resultados obtenidos después de la activación del implante coclear en el oído izquierdo fueron satisfactorios. El 19 de noviembre de 2009 se procedió a realizar una nueva cirugía para implantar el oído derecho y así obtener una estimulación bilateral de la vía y centros auditivos. Los efectos han sido muy positivos para restablecer el procesamiento binaural de la señal sonora. Esto ha permitido a Ana mejorar su capacidad para localizar los sonidos y progresar en el reconocimiento del habla en ambientes de ruido.

## Sobre la colección

Toda la labor asistencial, docente e investigadora que se lleva a cabo en la **Clínica Universidad de Navarra** se centra en el paciente. Esta colección no pretende ser una recopilación de casos médicos sino un homenaje, a través de sus historias, a las personas que sufren la enfermedad y que, paradójicamente, sacan gracias a ella lo mejor de sí mismas.

## Colección Historias de la Clínica

### Títulos publicados

- |                                 |      |
|---------------------------------|------|
| 1. La pierna de Peter Parker    | 2007 |
| Juan Manuel de Prada            |      |
| 2. El clarinetista agradecido   | 2008 |
| Soledad Puértolas               |      |
| 3. Noticias de la nieve         | 2009 |
| Gustavo Martín Garzo            |      |
| 4. La batalla de todos los días | 2010 |
| José María Merino               |      |
| 5. Canto a la vida              | 2011 |
| Mercedes Salisachs              |      |
| 6. Todo suena                   | 2012 |
| Lorenzo Silva                   |      |



Clínica  
Universidad  
de Navarra

[www.cun.es](http://www.cun.es)

[historiasdelacun.es](http://historiasdelacun.es)